

PLAZA DE SAN JUAN



“A menudo en tu vida te encontrarás con que un libro es mejor amigo que un hombre.”

LUIGI SETTEMBRINI

SUMARIO

■ Miguel Aguado Miguel. AURORA	3
■ Sonia Martínez. WHITE TOWN	4
■ Manuel Catalina. CIVITA TRISTE	6
■ José M.ª Izarra. LA FERIA DEL LIBRO	7
■ Pedro García Tirado. PINCELADAS	14
■ Rocío de Juan. APERITIVO CON LA PRINCESA	15
■ Luis Montenegro. LA OLLA PODRIDA	17
■ María Mazo. CARTA A LOS EUROFEOS	21
■ M.ª Socorro Aragón Mena. LA COLA DE LA ESPERANZA	22
■ Miguel Ángel Barbero. LOS CABALLOS DE AQUILES	25
■ Marcial Sempere. CLARA Y JUVENAL	27
■ Enrique Angulo. CUANDO LA VIDA NOS GOLPEA	31
■ Luis Carlos Blanco Izquierdo. LA DANZA DEL BACO	32
■ Álvaro Álvarez. MI ÚLTIMO AMIGO	35
■ Jesús Barriuso. MI HERMANO CON DIENTE DE PERLA	39
■ Alejandro Yagüe. ME EXPULSAN DEL CONSERVATORIO DE BURGOS	40
■ NOTICIAS NUESTRAS	43



ILUSTRACIÓN DE LA PORTADA: “Tomando el Fresco en la orilla de un estanque”, de Takeji Fujishima.

FOTOGRAFÍAS: Nines Franco (burgalesa).

Curiosa y observadora, hace que me detenga en singularidades y en los pequeños detalles utilizando en ocasiones como registro la fotografía.

“La única inmortalidad que nos es posible rozar a los humanos es dejarse mecer por la belleza (la pintura, las palabras, la música, un paisaje hermoso) con la familia al lado y una niña abrazándose a tu cuello. Justo en ese instante eres eterno.” Rosa Montero.





AURORA

EN ANTOLOGÍA: "POEMAS PARA UN MINUTO I" | MIGUEL
AGUADO MIGUEL

En una pendiente
dos cuevas cercanas
mirando al oriente
dos casas hermanas.

Vive una doncella
muy trabajadora,
muy guapa y muy bella
su nombre es Aurora

Vive en la otra casa
un ser muy osado,
a distancia escasa
siempre está asomado.

Madrugó la Aurora,
saltó el sol en pos,
el sol la decora,
se miran los dos.

Aurora enrojece,
el sol se acicala,
a la Aurora mece
en traje de gala.

Casarse el sol quiere,
Aurora es su amada,
mas Aurora muere
ante su llegada.

WHITE TOWN

SONIA
MARTÍNEZ

■ Cada mediodía el pájaro metálico sobrevolaba la plantación de White Town. El zumbido del motor y la pequeña Portia tañendo alegremente la campana anunciaban la hora del almuerzo. Entonces, aliviados, soltaban las herramientas. Se enderezaban, se secaban el sudor y caminaban con paso lento hacia la cabaña. Antes de entrar, algunos se lavaban las manos en el pilón. Los días en los que el sol apretaba, los más jóvenes metían hasta medio cuerpo debajo del caño.

Ruth, la madre de Portia, servía pan, estofado, tortitas picantes. La cría se colaba como un pequeño roedor por entre las recias piernas de los hombres para

rellenar los potos de agua fresca. «Vamos, Portia, échale un poco más a este pobre viejo», decía Steven. Por lo general, se comía en silencio, aunque a veces Ray, el menor de la cuadrilla, tarareaba con los ojos cerrados algún cántico tribal que estremecía el ambiente.

Había quien requería los cuidados de Ruth para aliviar las magulladuras de las manos. Portia contemplaba las heridas sin miedo y ayudaba a su madre con los vendajes. Su sonrisa tenía efectos balsámicos sobre los lastimados. Después, finalizadas las curas, vuelta al trabajo. Ignorar el dolor, encajarse el sombrero y adentrarse pesadamente en algún lugar inespecífico de la extensión blanca.





El crepúsculo anunciaba que otro día de labor llegaba a su fin. Unos cuantos emprendían en carreta la vuelta al calor de la casa. Los demás, los forasteros, cenaban en la cabaña para luego entregar los extenuados cuerpos a la reparadora tierra. A veces conseguían aplacar la melancolía con un buen trago de licor alrededor de una hoguera, siempre y cuando al viejo Steven no le diera por seducir a la luna con su armónica. Entonces, no había forma de escapar a la amenaza de la soledad y el desamparo.



Aquel mediodía contemplaron la caída en vertical del aparato. No había más plantación que White Town en miles de kilómetros a la redonda. En qué lugar emprendía el vuelo y qué destino pretendía, un día tras otro, eran preguntas que nadie había formulado en alto. Quizá el ruido inusitado de las turbinas o el olor a humo en el aire o el cántico quejumbroso de Ray. No faltaron avisos para la tragedia.

Con esa comunicación tácita de quienes saben lo que hay que hacer en cada momento, se agruparon y empezaron a caminar hacia el lugar de la caída, a unos dos kilómetros de la cabaña. Incluso Ruth y Portia siguieron a Steven y al resto de los braceros. El viejo, en cabeza, izaba una pala sobre el hombro. Correría de su cuenta organizar el trabajo. Nadie cuestionaba su autoridad en White Twon.

No precipitaron la marcha ni siquiera cuando avistaron la cola, separada unos trescientos metros del resto del cuerpo. Una garganta de tierra se abría a sus pies, demasiado profunda y espaciosa como para recuperar de una sola batida lo que, sospechoso e incierto, asomaba en aquel barrizal. Había llovido con ganas durante las dos últimas noches. El suelo estaba esponjoso y hambriento.

Bajo las indicaciones de Steven se abrieron camino en ese espantoso cementerio de chapas, fardos, pedazos de madera, plásticos incandescentes, restos esparcidos de carne... Con la caída del sol hicieron un alto para contabilizar lo recuperado en las incesantes acometidas. Se contaron a pares gafas, relojes, carteras, navajas y chapas de identificación. Para cuando Steven apoyó sus firmes posaderas en el asiento carbonizado del monoplaza con el fin de reorganizar la tarea, ya habían recuperado ochocientos veinte cadáveres, y la noche aún se prometía larga. ■

CIVITA TRISTE

MANUEL
CATALINA



El día tropieza con la luz
y la somnolienta civita
se deshace del sombrío cendal
de la noche.

Triste civita
templo consagrado a la errabunda memoria
tus sempiternas torres dejan escapar la aurora
marchitas nenúfares
en tu asfaltado río
magnolias en tus edenes cementados.

Triste civita
te habita un pueblo difunto
de siluetas agrupadas en torno a un sueño malogrado
tu pulso inquieto se vuelve calmo

civita, ciuita, ciuta, ciuda, ciudad

Triste, al fin y al cabo.



LA FERIA DEL LIBRO

JOSÉ M^A
IZARRA

■ Paseo de El Espolón, Burgos, XXXII edición de la Feria del Libro. Aquel primero de junio del 2008 llovía pertinazmente. Climatológicamente hablando, un día como los aproximadamente sesenta que lo habían precedido. Llovía sobre mojado, como en *Mazurca para dos muertos*. Se echaban de menos las notas del melancólico acordeón, que nos hubieran sumido en un ambiente absolutamente melancólico, o el croar de las ranas o el eructo tonante de algún sapo, que nos hubiesen creado la ilusión de pertenecer al mundo de los anfibios. Y allí estábamos nosotros, en nuestra condición de autores, ocupando el exiguo espacio de la caseta destinada a la firma de libros, mano sobre mano, echando la culpa de nuestra inactividad al líquido elemento, a la par que nos encomendábamos a él, sabedores de que era nuestra mejor coartada para justificar

la deserción de nuestros posibles lectores, de secano sin una sola excepción.

Todo estaba transcurriendo, pues, conforme a las previsiones más halagüeñas; pero, de repente, un comando de las FARC (por el modo decidido de irrupción, no porque exhibieran las siglas y el uniforme de camuflaje correspondientes), según apreciación de unos, o una cuadrilla de moteros (por el cuero negro exhibido), según el entender de otros, sin que mediara palabra, saludo o aviso de ninguna clase, invadió nuestro territorio, llenando la mesa de ejemplares de un librito con formato apaisado, encuadernado en tela negra, titulado *bien y tú*, y ocupando todas las sillas con sus gentiles corpachones. Contra la pared del fondo colocaron varios carteles, en los que, sobre una foto de los malogrados José Manzano y Julián Campo, se ofrecía



la siguiente información: “La totalidad del precio de este libro irá destinado a proyectos solidarios de la Fundación HOMAC en Etiopía y Calcuta.”

Menos mal que teníamos paraguas, porque nos quedamos sin techo. Aprovechamos tal circunstancia para darnos un garbeo bajo la lluvia y atracar en un bar para tomarnos un café. El local era una multitud, y allí pudimos oír comentarios de todo tipo; curiosamente, ninguno relacionado con el evento que se estaba celebrando en la vía pública. Pero ¿a quién le interesan los libros, y menos los mojados? La gente hablaba, pero sin poner atención en lo que decía; y los que no hablaban fingían que estaban prestando atención. Calamares, gambas a la gabardina, pimientos de Padrón, vino, vermouth, cerveza eran los auténticos protagonistas de la reunión.

Poco más de media hora después, tornamos a la caseta de autores. Seguía ocupada, ahora con más elementos. Al parecer, el comando de las FARC o los moteros, según, habían convocado a los medios de comunicación para darles a conocer su oferta, simplificable en los siguientes aspectos: 15 € por unidad, para una causa humanitaria y en homenaje a los hospitaleros burgaleses nombrados en el párrafo anterior.

¡Coño!, empezamos a entrar en razón. A lo mejor estos de las FARC (o estos moteros, según) no eran tan... cómo lo hubiéramos dicho nosotros en un foro menos solemne... bueno, mejor no calificarlos, o a lo mejor es que ni eran de las FARC ni eran moteros. Ya iríamos viendo.

Nos fuimos a dar otra vuelta. Entre nosotros, seguíamos mintiéndonos acerca de la causa del inusitado número de requerimientos para firmar ejemplares de nuestras obras a que nos habían sometido. La lluvia, la lluvia era la culpable de todo. El bar en que nos refugiamos esta vez ofrecía un ambiente idéntico al de la

primera. Los mismos depredadores chamullantes en busca del aperitivo del mediodía, consistente en la fauna (gambas a la gabardina, calamares), flora (pimientos de Padrón) y bebedizos (vino, vermouth, cerveza) acostumbrados.

Cuando regresamos, ya no había nadie en el stand; eso sí, la mesa seguía colonizada por los libros, y las sillas, por maletines y otros adminículos pertenecientes a aquellos seres de negro. Ante semejante panorama, decidimos echar un vistazo a un ejemplar de *bien y tú*: había fotos, fotos del camino de Santiago, estupendas, e intercalados, algunos textos, breves, las típicas reflexiones del peregrino. Nuestro veredicto: era un libro con bastante más apariencia que enjundia. Por eso resistimos bien la tentación momentánea de apropiarnos de sendos ejemplares. En cualquier caso, tampoco nos hubiera dado tiempo porque en seguida retornaron los ausentados.

Tan impetuosos y dispuestos como en su advenimiento. Se acomodaron como si estuvieran en su casa, pretiriendo a los que allí nos encontrábamos en espera de poder estampar un autógrafo en algún libro de nuestra autoría. Es muy posible que ni nos vieran; o dicho de otro modo, tal vez no fuéramos visibles para ellos, habituados a tratar con individuos de mejor color y aspecto. Bueno, la cosa es que, nada más reincorporarse, se presentaron en la caseta dos políticos. Se saludaron y abrazaron con los guerrilleros de las FARC o con los moteros, según, como si se conocieran de toda la vida. Y se hicieron retratar por un par de fotógrafos que se habían aguardado para captar la instantánea. De cualquier manera, a nosotros nos pareció que había más connivencia que amistad. Y así es como empezamos a atar cabos: si el total de las ventas de *bien y tú* iban a ir a Etiopía y Calcuta (algo encomiable, indudablemente) y los políticos habían



posado con el libro en la mano es porque, presumiblemente, el dinero público andaba de por medio. O sea: que ese dinero había servido para costear la edición del título de que se trata. Presuntamente, porque no podíamos asegurarlo: no nos habíamos preocupado de mirar la página de créditos, a ver si se hacía mención del organismo o institución patrocinadores. Ni siquiera nos habíamos fijado en quién era el autor o autores (desde luego, en la portada no aparecía nadie). Más tarde pudimos comprobar, en el programa de la feria, que figuraba un nombre; ahora bien, desconocemos si en calidad de autor de las fotos (los escasos textos se habían recogido de los cuadernos de bitácora de los albergues) o de la idea de pergeñar un libro como el descrito. En fin, que nosotros también estaríamos dispuestos a publicar en iguales términos; esto es, edición a costa del erario público so capa del homenaje a los muertos, la divulgación del patrimonio cultural y la cesión del total de las ventas para un proyecto humanitario. Es más, nos comprometeríamos a garantizar la originalidad de las obras respectivas.

Acabada la confraternización entre los prójimos de negro y los políticos (falsos hombres: pájaros de traje y corbata), aquéllos se dedicaron a distribuir con celeridad todos los ejemplares de *bien y tú* por los diferentes quioscos; inmediatamente después, recogieron sus achiperres y desaparecieron de manera apresurada, igual que habían venido. Dejaron, eso sí, los cartelitos de marras pegados con cinta adhesiva en la pared del fondo.

Entonces nos sentamos detrás de la mesita redonda recubierta con una chapa de... ¿cobre? ¿Era de cobre o de aluminio cobrizo? Ni la hincadura de diente ni la incisión de navaja que le practicamos nos sacaron de la duda. Fue la típica mancha azul del óxido cuproso, aparecida en un reborde, la que finalmente nos ayudó a dilucidar aquel dilema. Tras lo cual ¿eran las dos de la tarde? nos fuimos a comer.

Ya de regreso, los minutereros de los relojes marcaban las seis y media largas, solos (ninguna señal de los de negro), nos dispusimos a contemplar el hermosísimo espectáculo del turbión y de los paraguas de distintos colores desfilando lentamente ante nosotros. La gente nos miraba como



a animales enjaulados. De vez en cuando, algún transeúnte hasta nos señalaba con el índice. Sin embargo, no se nos hizo realidad el deseo de que nos echaran cacahuetes.

Tanta agua y tanto aburrimiento propiciaron que se nos pasaran muchas cosas por la cabeza: ¿por qué no colocábamos en la mesa un cestillo petitorio acompañado de un cartel suficientemente llamativo con la leyenda “síéntase espléndido”? ¿Y por qué no les proponíamos a todos aquellos peripatéticos, habida cuenta lo que se ventilaba en la muestra, que nos imaginaran como monos de un pim-pam-pum (para lo que no era exigible un esfuerzo mayúsculo, ni mucho menos) y que intentaran derribarnos mediante el lanzamiento a la cabeza de los volúmenes más gordos y que más rabia les diesen? ¿Y por qué, ya que nadie se dignaba comprar nuestros libros respectivos, no se los arrojábamos a su paso, en un remedo de batalla floral? Y, puesto que alguno nos miraba que parecía que nos estuviera desnudando, dado lo

poco que iban a perderse si accediéramos a esa tácita pretensión, ¿por qué no invitarles en voz alta a invertir los papeles y que fueran ellos los que se desnudasen y, además, nos cantaran un par de estrofas zarzueleras bajo la nubada?

A pesar de los pesares, muy de cuando en cuando recibíamos alguna visita, y algún que otro saludo con el mentón y desde lejos. La primera de ellas nos la giró una señora sesentona, de piel morena y acento ultramarino, que se acercó hasta nosotros acompañando a un señor nonagenario y español, y esgrimiendo un ejemplar del *Cantar de Mío Cid* para que se lo firmáramos. Negamos los interpelados al unísono con la cabeza, añadiendo las razones obvias. Comprendió, nos hizo escribirle en un papel los títulos de las obras feridas por nosotros, nos enseñó su amplia y blanquísima dentadura en un amago de sonrisa, cogió de la mano al abuelo y se marchó despacito.

Y otra vez la monotonía del agua y del aburrimiento. Aun a costa de quedarnos sin



tejado y sin banqueta, cuánto nos hubiera gustado que regresara la banda del *bien y tú*. A ignorarnos, aunque nada más fuese, como había hecho en el tiempo en el que habíamos coincidido sobre aquel entarimado. Claro, mejor a hacernos partícipes de sus inusitadas y siempre peligrosas aventuras. De cómo detraían las riquezas de los poderosos para allegárselas a los más necesitados o liberaban del yugo a los oprimidos, y de cómo, para que fuera más difícil seguirles la pista, propagaban la especie de que había sido, por ejemplo, la alcavela de Robin Hood, la partida de Alí Babá, o cualquier otra manada de bienhechores. Y de cómo tenían que pasar largas temporadas escondidos en los lugares más insospechados: su preferido, una cueva encantada a la que denominaban Sésamo, solamente accesible para quienes conocieran los vocablos exactos del conjuro que provocaba su apertura.

La segunda visita que se nos echó encima fue un muchacho larguirucho, despeinado, con gafas, gibosillo y con pelusa de imberbe, pese a que no andaría lejos de los cuarenta. Venía dispuesto a negociar un descuento por el lote de los libros de los autores comparecientes. Al 10% propuesto por la asociación de libreros pretendía añadir otro 10% por unidad. Sintiéndonlo mucho, pues de haber sido dueños de nuestros libros hubiésemos aceptado gustosos, le dijimos que no podía ser y le remitimos, por si allí se avenían al trato, a los stands comerciales. Se marchó indignado y hablando entre dientes.

De nuevo el diluvio y el tedio. ¿Por qué no venía a rescatarnos de aquella suerte de calma chicha un barco pirata, un barco pirata que bien podría estar tripulado por la banda del *bien y tú*? Dejamos ahí nuestras divagaciones. Dos de nosotros abrimos los paraguas y nos pusimos camino del bar más cercano.

Apoyados en el mostrador, cuatro individuos del biotipo pícnico reían a mandíbula batiente la gracia que acababa de hacer otro sujeto de la misma clase: “¡Haz el arroz y no la guerra!”, había exclamado. Nos tomamos rápidamente nuestras consumiciones. Y salimos al canal, para desandar el agua.

Ya de vuelta, ¡oh, qué emoción!, ¿qué era aquel trapo que nos esperaba encima de la mesita de cobre? Lo desplegamos. Era la bandera del pirata Henry Avery: sobre fondo negro, una calavera de perfil, con un pendiente de aro y tocada con un pañuelo anudado en la nuca; debajo, las consabidas dos tibias cruzadas. La relacionamos de inmediato con la banda del *bien y tú*. (Ya les había caído ese nombre para los restos: ni comando de las FARC, ni cuadrilla de moteros, ni alcavela de Robin Hood ni partida de Alí Babá.) Pero, apagada la euforia, nos inundó el desconcierto. ¿Qué se nos estaba indicando con aquella bandera?

En esas estábamos cuando nos abordó la tercera y última visita de la jornada: un jubilado distinguido con una gorra del Partido Comunista español. Quería saber si dábamos alguna cosa de propaganda (bolígrafos, mecheros, etc.). Le contestamos que no. ¿Y si compraba un libro?, nos preguntó entonces. Al reiterarle, muy amablemente y bien a nuestro pesar, la contestación anterior, nos replicó que, para eso, prefería adquirir un piso, que ahora, dependiendo de la inmobiliaria y lógicamente del valor de la transacción, obsequiaban una bicicleta, un crucero y hasta un coche. Compuso un gesto de estar muy satisfecho de sí mismo y nos dio la espalda.

A nosotros, en cambio, se nos quedó cara de estupefacción, sobre el semblante, también de estupefacción, que nos había dejado lo de la bandera pirata. Nos urgía

algún tipo de medicina. Los mismos dos de antes optamos por ir en busca de una cerveza. El bar estaba de bote en bote. Todos llevaban un vaso en la mano. Ningún libro a la vista, ninguna bolsa o paquete que fuera indiciario de que en ellos pudiera refugiarse un libro. Aunque tal vez signifique mezquindad por nuestra parte, la verdad es que nos invadió un sentimiento de alivio. Nuestros títulos podían codearse en aquel bar con los de autores mucho más valiosos y reconocidos. Primero, porque estaban tan ausentes como los de ellos; y segundo, porque, como los de ellos, tampoco iban a ser ni comprados ni siquiera hojeados. Apurada con deleite nuestra cerveza, contento el ánimo por el baño de gloria a que nos habíamos sometido, nos situamos en el umbral del establecimiento, abrimos nuestros respectivos paraguas y pusimos rumbo a la barraca, para cerrar la tarde.

Cerca ya del stand, nos topamos con nuestros compañeros de fatigas, que también habían salido a mojarse un poco. ¡Sorpresón! Sobre la bandera de Henry Avery, y señalado con nuestro nombre en un letrerito, un ejemplar de *bien y tú* para cada uno de nosotros. Dentro, en la página en blanco que precede a la de créditos, una dedicatoria encabezada y personalizada con el típico “para Fulano de Tal”. Debajo, a todos nos habían fusilado el mismo texto: “Si nos hubiéramos dado a conocer, os hubieseis sentido obligados a comprar este cuaderno negro, y no era ésa nuestra intención.” A continuación, varias firmas ilegibles. No salíamos de nuestro pasmo. Y eso que aún no lo habíamos visto todo: cogido con cello, en uno de los carteles colocados por la banda en la pared del fondo, había un sobre blanco en el que podía leerse rotulado en mayúsculas: “Os dejamos nuestra hucha. Estamos seguros de depositarla en buenas manos.” El sobre contenía el

importe total de los libros. Nos los regalaban y además nos dejaban el dinero... aquello nos olía a reproche. ¿Habían escuchado acaso nuestras conversaciones? ¿Habían penetrado en nuestras mentes? Enseguida caímos en la cuenta de que, efectivamente, nuestras conversaciones habían sido escuchadas, y no de modo misterioso, sino por obra y gracia de la azafata y el azafato recepcionistas que, desde el tenderete contiguo, creíamos que se dedicaban única y exclusivamente a informar a la gente que se acercaba hasta ellos y a anunciar cada poco tiempo por megafonía nuestra disposición a rubricar cuantas dedicatorias se nos exigieran.

Azafata y azafato, cuando dieron las nueve de la noche (ésa era la hora en que se deshacía el hechizo en este cuento; en el de Cenicienta duraba tres horas más), fueron los encargados, en nombre de la Asociación de Libreros de Burgos, de felicitarnos por “nuestro exquisito comportamiento y nuestra infinita paciencia”. Y aquellas palabras nos olieron a chamusquina, así que les interpelamos a ver si tenían algo más que decirnos, y si ese algo estaba en relación con la banda del *bien y tú*. Se encogieron de hombros. ¿No era verdad que la asociación de libreros, para hacer más interesante y literaria la jornada a los escritores invitados, habían contratado a un grupo teatral para que, diariamente, durante la feria, urdiese montajes como el aquí referido, preferiblemente relacionados con algún libro de actualidad? Volvieron a encogerse de hombros. Quien calla otorga. Les entregamos el sobre hucha, al que añadimos otro tanto de lo que contenía. Para que supieran los organizadores, ya que no acabábamos de entender toda aquella historia, que, amén de gilipollas, éramos orgullosos.

En ese preciso momento, al contemplar la cara de extrañeza de ambos jóvenes, nos



percatamos de que aún seguíamos inmersos en fantasías. Les imploramos el perdón que sólo pueden otorgar los inocentes, y les dimos las gracias. “¡Hasta la próxima!”, les anunciamos, y nos sumergimos en el aguacero. Llegados a los soportales de Antón, el más desahogado de nosotros, nos exhortó al resto:

–¡Venga, vamos a echar las cuentas! ¿Quién ha comprado los libros?

–Yo.

–Ahí va lo mío. Son 30, ¿no es así?

–Exactamente.

–Y a todo esto, ¿quién puso la bandera de Henry Avery?

–Fui yo también.

–¡Qué cabronazo! ¿Y el sobre hucha?

–Éste, pero todo lo hemos ideado entre los dos... mientras vosotros os ibais de bares.

–Al final, yo ya no sabía qué era realidad y qué no. Procuraba seguir la corriente, eso sí. Porque tanto en las dedicatorias como en el sobre hucha ¿dirigiéndose con la mirada al portavoz de la pareja de intrigantes?, ya había reconocido tu letra inconfundible.

–El que no sabía por dónde le daba el aire era yo –metió baza el que menos se había coscado de todos nosotros–. Gracias a que me avisaste –tocó con la mano en el pecho del que había hablado en último



lugar... dándome un codazo y advirtiéndome, en un aparte, que escuchara y siguiera la corriente, cuando interpelamos a los recepcionistas.

Llovía. O quizá ya no, pero recordábamos que había estado cayendo agua durante las 12 horas precedentes. Memorábamos. La vida consiste en recordar, con el agravante de que la vida acaba siendo indefectiblemente un recuerdo ajeno a nosotros, y los recuerdos, diluyéndose en la inmensidad de la nada.

La nada: ese ámbito al que nos condenan los distintos episodios de nuestra existencia, como nos ha condenado esta feria del libro. La feria, y no la lluvia, que, apiadada de nosotros, se había encargado de anegar la ciudad para darnos la ocasión de salir a flote.

No hicimos ningún intento por lograrlo. ¿Para qué? ¿Para reivindicar nuestra condición de naufragos en otro ferial del libro, mejor dicho, en otra isla desierta? Eso se lo dejábamos para los abanderados de Henry Avery. ■

INCELADAS

| PEDRO
| GARCÍA TIRADO

Es tan confuso el mundo,
tan frágil la vida
que sólo escuchar deseo
tu verdad clara y sencilla.
Y buscar, en el mar de tus ojos,
el remanso de paz
donde mi alma se cobija.

Anclado al devenir de la existencia,
me invaden los recuerdos
de los viejos tiempos
y otras lejanas vivencias.
Ya nada es igual para nosotros.,
Tan sólo en el dominio de los sueños
seguimos siendo los mismos
de aquel ayer hoy remoto.

Soñaba contigo cuando no te tenía.
Ahora te tengo
y me falta el paisaje de la mar,
el aroma profundo de mi tierra.
Y emerge el verso al que tu amor da alas
para soñar, junto a ti,
que Ítaca todavía existe.



APERITIVO CON LA PRINCESA

Rocío
DE JUAN



■ La princesa Olga Serguéievna Fedorova se encontraba agitando sus pequeñas y bonitas manos en el momento en que Ivanov hizo su aparición en la salita privada de la dama. Aquel movimiento singular se le quedó grabado al oficial y le trajo reminiscencias de una imagen que no lograba concretar.

–Adelante, Alexey Pietrovich –le recibió la princesa, con una media sonrisa en los labios.

Ivanov entró en la salita con timidez, lo que le hizo enfadarse consigo mismo. Le había desconcertado la familiaridad con que le había recibido la princesa. “Debería haberme llamado teniente Ivanov. Al fin y al cabo, nunca nos habíamos visto antes de ahora”, pensaba el joven.

–Por favor, tome asiento –indicó Olga Serguéievna con una de aquellas manos suyas, blancas y cuidadas.

Ivanov siguió el curso de la mano, que revoloteaba como una mariposa, mientras tomaba asiento en una silla de respaldo alto. Volvió a percibir los gestos de la princesa, esta vez indicando a un criado que sirviese el aperitivo. El sirviente descorchó con eficacia una botella de champán y llenó dos copas que ofreció a la princesa y su acompañante. Después pasó una bandeja de canapés.

El teniente vació de golpe su copa y antes de que, avergonzado, reparase en su descortesía, el criado se apresuró a llenarla de nuevo. Apenas escuchó, en su

azoramiento, las palabras de la princesa Fedorova.

–...el teniente más joven de su compañía, sólo veintidós años. Me dije: “Olga, debes conocer inmediatamente a Alexey Pietrovich” y aquí está usted y debe contarme enseguida *todo* para que yo comprenda cómo funciona la mente de un hombre inteligente.

Ivanov contempló a la princesa Fedorova con una expresión que oscilaba entre el asombro y la vanidad mal disimulada y volvió a vaciar su copa, que fue diligentemente rellenada.

–Alexey Pietrovich, no debe ser tan tímido, ¿qué hay de la proverbial valentía de nuestros oficiales rusos?

Olga Serguéievna le señaló el diván en el que estaba sentada y le conminó a ocupar el sitio junto a ella. El teniente se levantó con su copa en la mano y obedeció la indicación. A partir de ese momento, Ivanov se dedicó a relatar anécdotas de la vida militar a su interlocutora, mientras la grácil mano de ésta iba colmando el vaso que su acompañante vaciaba. El criado se había retirado después de descorchar tres botellas de champaña.

Alexey Pietrovich estudió el rostro de la princesa Fedorova, que parecía brillar de

placer ante las ocurrencias que él relataba. “Lo cierto es que no es bonita”, meditaba Ivanov, “Katia le supera en frescura, aunque hay que reconocer que la princesa tiene unas manos preciosas”. La imagen de su novia (“*Liosha*, estoy tan feliz por tu ascenso”) se proyectó un instante en su mente y le hizo interrumpirse en medio del sucedido que estaba contando.

Olga Serguéievna le miró con curiosidad y el teniente Ivanov fue consciente en ese momento de las tres botellas vacías que reposaban sobre la mesa.

–Princesa Fedorova... –balbució Ivanov mientras intentaba levantarse.

Pero ella le detuvo con un gesto de aquellas magníficas manos suyas, que se agitaron frente a su rostro, apartándole un mechón de pelo.

–Llámame Olga, Alexey. Me parece que hace siglos que nos conocemos.

Ivanov observó indefenso aquellos ojos negros que se aproximaban. Entonces, sólo entonces, atrapó la imagen que se le había sugerido al entrar en la salita y contemplar el movimiento de las pálidas manos de la princesa Fedorova: le había recordado a una araña tejiendo su hilo invisible en espera de capturar a su presa. ■



LA OLLA PODRIDA

Luis
MONTENEGRO

■ Gabriel Bonifaz, conservaba, desde el día anterior, la emoción de haber visto pasar, aunque más no fuera, a lo lejos, al colorido cortejo del emperador Carlos V rumbo a Cuacos de Yuste. Dos de sus criados lo habían sorprendido con el ruido de sus cabalgaduras, llegando en busca de agua para su Señor y su séquito.

Él, luego de satisfacerlos, los había seguido a tranco largo, hasta alcanzar a divisar la imperial caravana alejándose.

Mientras recordaba ese episodio, al que nadie del pueblo daría crédito, advirtió en sí, cierta curiosidad generada por el hombre que comía solitario en el comedor de su venta.

Nunca había visto persona alguna con tan curiosa indumentaria, y con ese hablar enrevesado que acompañaba de ademanes y de visajes.

Tampoco en su vida le habían llamado caballero, puesto que no lo era, y no recordaba haberse topado con alguno que asegurara esa condición. Se preguntó si le habría llegado el momento de conocer el primero, e intrigado le correspondió con el mismo trato.

En un santiamén, el hombre había hecho desaparecer en sus carrillos dos copiosas raciones del guiso que le sirviera, e iba promediando la tercera. Saboreaba cada bocado con fruición, mientras limpiaba con un pañuelo el caldo que se escurría por sus barbas. Resultaba inocultable que el desconocido venía arrastrando un hambre viejo.

Entre cucharada y cucharada, tomaba pequeñas pausas que aprovechaba, sonriente, para soltar gemidos de placer aprobando el sabor de lo que paladeaba.



Un trago de vino era la señal de que regresaba a ocuparse de su guisado humeante.

Si bien Gabriel Bonifaz aceptaba como un halago que el huésped se estuviera regalando con la famosa olla podrida de La Venta de la Corzuela, había algo en él que le provocaba temor. De hecho, rehuía encontrarse con su mirada y aparentaba estar atento sólo, al orden de sus trastos.

Se le ocurrió que podría tratarse de un indeseado recaudador de impuestos, o de un capitán de caballos desprendido de la comitiva imperial, dado el inquietante acero que había descolgado del cinto y puesto a reposar sobre un banco vecino. O, quizás, de un recaudador precavido y, por ello, armado para defenderse de los asaltantes de caminos.

Pero tampoco descartó fuera un catedrático, un licenciado o un extranjero, que explicara su extraño lenguaje que sonaba a gabacho. Le esperaba fuese esto último.

El extraño, ajeno a las curiosidades del ventero, parecía solo afanado en mostrar un apetito imbatible. Agotada que fuera la tercera ración de aquel guisado, le extendió a Gabriel Bonifaz su escudilla vacía con un gesto elocuente solicitando una cuarta, mientras subía y bajaba sus pobladas cejas. Cuando éste se apresuró a complacerlo, ahora con un plato más desbordante que los anteriores, recibió un inesperado:

–Gracias señor, por hacerme merced de tanta hospitalidad y noble trato.

Gabriel Bonifaz, sorprendido, optó por responder sólo con su sonrisa de necio, pero sintió que su intranquilidad crecía.

Recordó con angustia lo acaecido meses atrás a un desgraciado vecino, vendedor de pieles de zorro, cuando un desconocido, con la excusa de comprarle

algunas piezas, se había introducido en su vivienda y, valido de una enorme cuchilla, había usado durante tres días de su casa, de su despensa y de su mujer.

Se consoló el posadero de saberse soltero y dueño, nada más, que de un borrico ceniciento.

El temor le aconsejó estar alerta y vigilar cada movimiento del émulo de Heliogábalo, quien pareció, al lentificar el ritmo de sus bocados, ir por fin saciando sus tripas.

Rompió el huésped el silencio nuevamente asustándolo con su voz profunda:

–¿Sois afecto a cruzar los filos?

Gabriel Bonifaz luego de dudar eligió un:

–No, caballero.

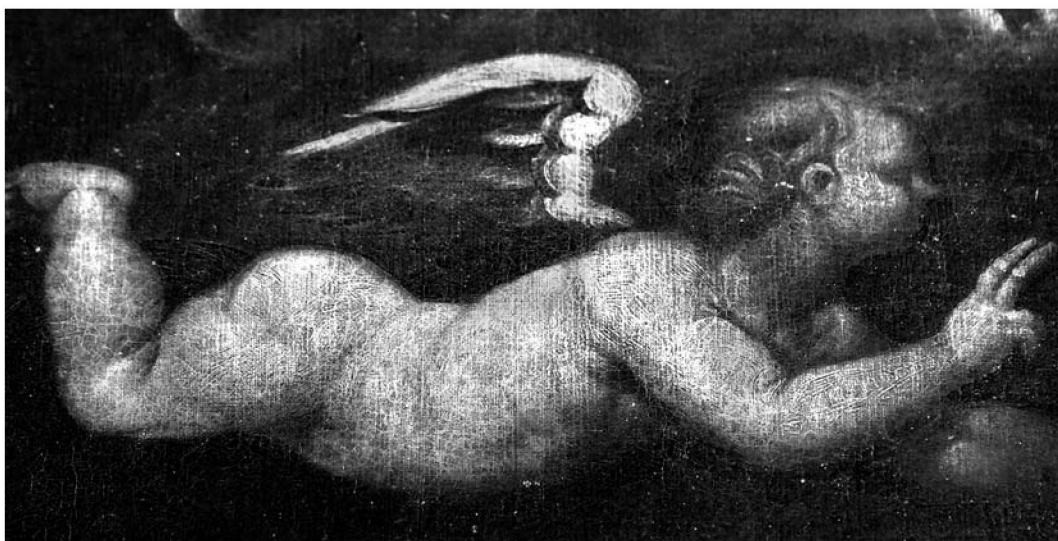
Pero bien podría también haber contestado que sí, pues ignoraba en absoluto lo que se le había preguntado.

–Me permitiré entonces aconsejaros que lo hagáis y con la mayor frecuencia que posible os resulte –casi ordenó el comensal quien prosiguió justificando–: Los hombres de armas retemplar debemos en la liza el espíritu y el músculo, para acuñar triunfos que aterricen a nuestros enemigos –sentenció–. Y aunque bien presiento que, vuestra merced afamada ostenta su bravura, me permito recordaros que no es bueno que las hojas de nuestras armas enmohezcan.

Gabriel Bonifaz, alarmado por el tono de ese discurso que le sonaba belicoso, optó por soltar esta vez:

–Pues que de ese modo lo haré a partir de hoy si ello os complace, vucencia.

Satisfecho con la respuesta, el hombre apuró lo que pareció ser un último



bocado de la olla podrida, estiró sus largas piernas, soltó un sonoro eructo y volvió a la carga sobre el desencajado ventero:

–Perdonad el atrevimiento con el que os inquiero, pero desearía me confiarais vuestro nombre.

Gabriel Bonifaz respondió con voz temblorosa, mientras creía confirmada su sospecha de que de un recaudador de impuestos se trataba:

–Gabriel Bonifaz, ventero pobre y pechero, tal lo fueron mi padre y el padre de mi padre, pues como podéis ver, ni casa, ni mujer, ni cosa alguna poseo, salvo un asno viejo y tozudo.

El comensal pareció asombrarse y luego de una mayor exhibición de visajes, soltó:

–¡Oh!, ¿así que pertenecéis al ilustre linaje burgalés de los Bonifaz? –y agregó con fervor sin esperar respuesta–: Permitidme entonces señor, os declare justo merecedor de mi respeto y de mi fidelidad.

Gabriel Bonifaz asintió con la cabeza, sin comprender palabra alguna, aunque su instinto le aseguraba ya, que su vida corría grave peligro.

Dicho lo anterior, y antes de que el posadero hubiera tenido tiempo de pestañear, el hombre con la agilidad de un gato había tomado su enorme espada y la blandía sobre las cabezas de ambos. El pesado hierro silbaba circulando cada vez más cerca de sus mulleras y Gabriel Bonifaz, quien se dio por muerto, quedó paralizado.

El personaje, jadeando a causa de los rítmicos saltos con los que acompañaba sus terribles mandobles, expresó:

–Como veis nada hay mejor para una buena digestión que ejercitar el arma y así lograr fortaleza en las coyunturas –afirmó–. La bellaquería no duerme y los filos de nuestras espadas prontas y templadas deben estar para castigarla. Tomad vuestra charrasca caballero, y hacedme merced de cruzar algunos lances. Y dicho esto último, se puso en guardia con bizarría.

Gabriel Bonifaz comprendió que continuaría con vida sólo si lograba ahuyentar al amenazante comensal, quien acababa de destrozar con el arma parte de una mesa con su loza, dejar cojo un banco, despanzurrar un saco de harina y tumbar el poco guisado que quedaba en la olla de

bronce. Echó entonces mano del poco coraje que aún conservaba y balbuceó:

–Señor, que tronando afuera está y los caminos en derredor de la venta, con la lluvia, imposibles se ponen. Mejor será que sigáis vuestro camino antes que la tormenta os sorprenda y os maltrate. Y permitidme también deciros, que nada me debéis por lo comido y lo bebido, que este merendero bien pago se siente con vuestra visita.

El hombre sorprendido, puso sus ojos en blanco, reiteró algunas muecas y pareció decidido a renunciar a sus temibles cuchilladas. Lo miró fijamente el tiempo necesario para recuperar el aliento perdido, y soltó luego sobre el aterrorizado rústico:

–Pues como vuestra merced lo ordena, se hará –rugió–. Pero deseo sepáis que mi juramento de fidelidad a vuestra casa permanecerá inalterable y encontrareis mi brazo punitivo pronto para socorrer vuestro llamado. A partir del día de hoy, aquel que os profese enemistad, que por muerto se dé –y continuó antes de que Bonifaz pudiera abrir la boca–. Mas permitidme, señor, os pague entonces vuestros servicios con este soneto, cuyos versos improvisaré como tributo a vuestras calidades –y sin hesitar irrumpió con un recitado pomposo y profusión de ademanes:

*“Que nada turbe vuestro entendimiento,
si de honrar vuestro honor aquí se trata,
no será bellaco quien hiere o mata,
por dar a algún bribón buen escarmiento.*

*Obligado con vos, señor, me siento,
salvado en esta torre que delata
tu noble casta añeja, y esta me ata
por siempre con mi reconocimiento.*

*Menguado queda mi merecimiento
más no mengua por ello mi hidalguía
que decide por mí. Es mi porfía
que así por tierra da mi entendimiento.*

*Confiado estéis, señor, en esta hombría,
la que en deuda os queda todavía”.*

Un oportuno y sonoro trueno amortiguó la voz del hombre al concluir el estrambote. Gabriel Bonifaz decidió, mezclando temor con confusión, decir con palabras trémulas:

–Señor, si nada os queda ya por comer, beber, decir o improvisar, habéis oído que tronando tremendo está y si no continuáis vuestro camino, os quedaréis atrapado sin remedio en el lodazal, ¡apurad entonces vuestra partida para viajar a buen resguardo!

El hombre hizo un silencio como meditando su determinación y esos segundos resultaron eternos para Bonifaz. Cuando habló finalmente dijo:

–Que de esa manera sea entonces, ¡voto a bríos!, ¡que allá mis huesos vayan, que no habrá lodo que impida mi camino! Pero... , mal podría marcharme. –Gabriel Bonifaz regresó a su temblor–, sin confesaros que hay una voluntad superior a la que se encuentra atada mi alma y es la razón de mi existencia.

Hizo aquí una pausa, y preguntó casi ordenando:

–¿Desea vuestra merced conocer como se llama esa voluntad, que tiene formas de mujer aunque de un ángel se trate?

Gabriel Bonifaz, decidido a salvar el pellejo a cualquier precio, se precipitó a responder:

–¡Sí, os lo ruego caballero! ¡Os lo ruego!
¡Decídmelo, por el amor de Dios!

El hombre, entonces, tal el sacerdote eleva el cáliz, levantó lentamente la tizona hasta que la cruz del pomo rozó su nariz, y musitó como en un rezo laico y solemne:

–Se llama Dulcinea –y completó con voz quebrada–, la señora Dulcinea del Toboso... ■



CARTA A LOS EUROPEOS

BURGOS 2016 | MARÍA
MAZO

Vista desde el castillo
Burgos, a grosso modo
parece, que no del todo
una ciudad ideal.

Más pateando sus calles
avenidas y traseras
entre errores garrafales
y en los pequeños detalles
se impone la realidad.

Aspirante a miss Europa
no puedes ir tan pintada
ni basta lavarte la cara
pues hay que mojarse el culo.

Un Renacimiento no fue suficiente
para remontar decadencias
la cultura es con paciencia
la labor del día a día
y los días suman siglos
y los siglos con frecuencia
dieron al urbanismo belleza
y al hombre conocimiento

He dicho y tanto lamento
cada saco de cemento
donde enterramos las flores.

LA COLA DE LA ESPERANZA

M^a SOCORRO
ARAÇÓN MENA



■ Si de algún mito puedo decir que no ha cumplido para mí esa función primordial de los mitos que es dar una explicación más o menos convincente de la realidad o proporcionar algún alivio a los temores íntimos de los seres humanos, ese es el mito de Pandora. Un mito que se ha popularizado entre nosotros, en la expresión “abrir la caja de Pandora” para referirnos a la provocación en cascada de todas las desgracias posibles. Es un mito conocido: nos cuenta que la cólera de Zeus contra Prometeo –por haber robado

éste el fuego a los dioses para entregárselo a los hombres– se resolvió con la creación de la primera mujer, Pandora, nombre que puede significar “la que concede todos los dones” pero a la que, por el contrario, se atribuye el haber dejado escapar todos los males de la tinaja donde los tenía encerrados su esposo Epimeteo, hermano de Prometeo.

Hasta aquí tendría el relato un sentido más o menos clarificador del origen de nuestras tribulaciones, atribuido a una mujer como sucede con la Eva del relato bíblico. Pero el misterio y la incertidumbre aparecen

cuando la leyenda nos cuenta que no salió al exterior todo lo que había en aquel recipiente lleno de desgracias, sino que en el fondo quedó encerrada la esperanza. Alguna tradición nos cuenta que ésta quedó atrapada en la boca de la tinaja cuando Pandora quiso tajarla para interrumpir aquella temible escapatoria. Pues bien, de aquí arranca la perplejidad en la que me ha sumido siempre este relato: ¿qué hacía allí la Esperanza en compañía de todos los males? ¿era también uno de ellos? ¿no



se le permitió salir porque siendo un bien no cumpliría la misión de castigo que pretendía Zeus? El refrán español que dice que la esperanza es lo último que se pierde tampoco resuelve ese carácter ambiguo...

Incluso los años en que el otoño llega despacio, los mediodías son suaves y se puede disfrutar de esos colores que sólo tiene la naturaleza cuando está a punto de entrar el mes de noviembre, solemos aceptar, como algo merecido, que desde el norte un buen día sin avisar nos lleguen ramalazos de viento helado. La mañana estaba así, es decir heladora, cuando al fin encontramos el edificio del Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación en las afueras de Madrid. Es un edificio moderno, o sea reciente, altísimo, con fachadas frías de cristaleras grises, y uno de sus flancos resulta aun más siniestro por la sombra que proyecta sobre la explanada por donde avanzaba la cola de los que acudían a validar sus papeles.

Allí, a la intemperie, esperaban de una forma paciente y ordenada varias decenas de personas, diferentes por sus fisonomías y sus estaturas pero no por sus edades: no había niños ni apenas personas de mucha edad. Siempre he pensado que no hay paisaje más variado que el rostro humano, pero la variedad de los que tenía delante y detrás de mí era tan fascinante que casi no sentía el frío ni el cansancio. Todos me parecían bellos porque en cuerpos de pequeña o mediana estatura se asentaban cabezas poderosas de pelo oscuro y fuerte y rostros con distintos tonos de bronceado, en ningún caso pálidos, de palidez europea. Pielles curtidas en soles africanos, latinoamericanos y, en menos casos, orientales. Perfiles definidos, sin la

blandura que van marcando generaciones de bienestar

La fila avanzaba con una lentitud que sólo a mí me impacientaba, mientras para los demás parecía formar parte de una costumbre, de una rutina que practicaban con naturalidad como si la vivieran a diario. Por la misma puerta que engullía sin prisa nuestra cola salían cada cierto tiempo los que ya habían terminado su gestión. Salían animosos pero sin exceso, más bien como si hubieran recibido algo que merecían y que los devolvía con más tranquilidad a sus quehaceres diarios. En nuestra cola se entablaban algunas conversaciones breves, entre familiares o con desconocidos, referidas casi siempre al frío que nos había cogido desprevenidos después de unos días templados, casi veraniegos, pero en general éramos un grupo silencioso. Casi sentía vergüenza de pensar que me hubiera gustado protestar por esa forma de hacernos esperar de pie y al aire libre. No veía ninguna señal de que, si me hubiera atrevido a hacerlo, los demás hubieran compartido mi protesta.

Como no quería sumar aburrimiento al frío, yo me entretenía imaginando el origen y los sueños de los que estaban a mi alrededor en aquella cola casi inmóvil. De tanto haber pensado en ello, no me preguntaba ya por los duros e injustos motivos que los habían sacado de sus raíces, de sus costumbres o del cálido apoyo de los suyos. Me empeñaba en adivinar en sus rasgos qué venía buscando cada uno y les adjudicaba un sueño. Quizá el joven marroquí que, apenas abrigado, miraba al frente sin mover un músculo de su cuerpo no pensaba en un andamio sino en el





pequeño local adonde haría llegar para la venta texturas, sabores y colores de su Tánger natal. Y la joven –¿colombiana? ¿dominicana?– que apretaba de vez en cuando el lazo elástico que sujetaba su cola de pelo negro brillante estaba segura de que los primeros trabajos asistiendo como una nieta cariñosa a la anciana a la que su familia no tenía tiempo de cuidar, era sólo el camino necesario hacia el alegre salón de belleza que, sin duda montaría un día con las hermanas que desde su país esperaban su llamada. Y aquel hombre de no mucha estatura, pero con aspecto tan recio que le hacía parecer cuadrado, quizá planeaba...

No había dejado de hacer frío ni de soplar el viento que venía de la sierra cuando sentí que empezaba a sudar. Me quité la bufanda que había traído para improvisar algún abrigo sobre mi ropa

todavía veraniega, pero el calor venía de más arriba, creí que iba a empezar a boquear como un pez fuera del agua. De haber durado esta sensación, no habría tenido más remedio que abandonar la cola y volver a casa sin hacer mi gestión. Lo conjuré sujetando mi imaginación empeñada en leer los sueños de futuro en aquellos rostros. No podía seguir mirándolos uno por uno porque empezaba a envolverme una nube tóxica formada por la hilera de ilusiones de los que avanzaban con aquella lentitud insostenible. Empecé entonces a preguntarme si lo que me agobiaba, como si llevara sobre los hombros el fardo en que se encerraran tantos proyectos de futuro, era la sospecha de que también a ellos los había seducido aquella figura que nunca he sabido definir, la misma que quedó aprisionada en la boca de la tinaja de Pandora. ■

LOS CABALLOS DE AQUILES

| MIGUEL ÁNGEL
| BARBERO

LA GRAN PUERTA

Y se abrirá la gran puerta de hierro
A los siglos de la escarcha se dirigirá la comitiva
a las edades
de la geometría
en llamas.

ANIKILACIÓN

Ante la esfera vigilante
que a la cifra desde las totalidades siempre aguarda
a las rosas dictaminó el paso de los días:
Polvo de podredumbre.

CENITAL

Oro y sombra en la desnuda roca
después llegaron naipes y monedas.
Meridiano solar entonces trajo
las escuadras los sextantes y la esfera.
Y en el alto cénit de aquel momento
la arena las rosas y la calavera.

AVENTADA FUE LA PARVA DE LOS DÍAS

Mañana perdió
sus columnas en el lodo
y humo ya es
y ceniza.
Arrasadas genealogías de la arena cayeron ya
y la generación de los gorriones
pasó como las mieses del verano
Aventada fue la parva de los días
y las horas demolidas cayeron en la tolva.



SOBRE EL METABOLISMO DE LA EFÍMERA

Yerba de eternidad las horas pacen

En sus fuentes abrevan los antiguos días
Siemprevivas jaramagos y bardanas
se alimentan de los minutos abolidos.
Remotos años ya son ríos del olvido
que mitigan la sed de los instantes.

Yerba de eternidad las horas pacen

OVIDIO VERSIONA A VIRGILIO (apócrifamente)

Pasifae: te confundiste, pues la muerte es para siempre
y la vida un bello toro blanco
que pasta por las riberas de los años.

No, no te confundiste,

pues la vida es para siempre
y la muerte un hermoso toro blanco que por las praderas
pace y enamora a las más bellas de las horas, Pasifae.



CLARA Y JUVENAL

MARCIAL
SEMPERE

Una historia hay que cuenta que la virtud reside sobre rocas de difícil acceso,
Simónides de Ceos 556 – 468 a. C. Poeta griego.

■ Esta historia sucedió al principio de la primavera. Después de un año de sequía por fin llegaron las lluvias. Los ciudadanos, después de lamentarse por la sequía, se lamentaron por las lluvias.

Juvenal trabajaba como profesor de Literatura en un instituto nocturno para adultos. Su primer año. Se sentía afortunado aunque ser profesor no fuese realmente su sueño. El profesor quería ser escritor. Y no un escritor cualquiera. Quería ser un buen escritor. Aunque no tuviera muy claro lo que significaba ser *buen escritor*. Lo había intentado de todas las maneras. Fábulas, realismo, realismo sucio, realismo mágico, minuciosas descripciones y descripciones minimalistas, literatura clásica y metaliteratura, con su propia vida y con la vida de los demás, estilo verbal y estilo nominal, sintaxis sencilla y sintaxis compleja, pero aún no había encontrado su propia voz. Tampoco había ganado ninguno de los certámenes a los que había presentado sus innumerables relatos y sus tres novelas. Le ponía interés y fuerza de voluntad, pero empezaba a preguntarse si realmente disponía del talento necesario. Mientras tanto enseñaba Literatura en un instituto nocturno para adultos. Más que a vivir, dedicaba su vida a esperar.

Mientras esperaba su momento, otro de sus sueños se cumplió. Clara, una de sus

alumnas, se había enamorado perdidamente de él. Pero el sueño no se había cumplido del modo en que el profesor lo había imaginado una y otra vez en sus solitarias noches. Ella no era la joven delicada y hermosa de su imaginación, sino más bien una muchacha regordeta y bizca sin ningún arte para la seducción y el misterio amoroso. Inteligente y aplicada, eso sí, incluso había leído más libros que Juvenal. Una lectora apasionada. Las lectoras apasionadas no son bellas. Las mujeres bellas tienen una vida propia y no necesitan leer la vida de los demás para sentirse satisfechas. Así pensaba Juvenal.

Al menos Clara sí tenía la actitud de la estudiante que rondaba la imaginación de Juvenal en sus solitarias noches. Durante las clases no le quitaba la vista de encima y guardaba un silencio religioso cuando él hablaba. Y no dudaba en reprender severamente al estudiante que lo rompiera. Entregaba sus trabajos puntualmente, leía cada una de las lecturas propuestas –muchas de las cuales ni siquiera Juvenal había leído– y estudiaba a diario. Una alumna modelo. Pero la belleza exterior la esquivaba cruelmente.

Aquella noche de primavera las ráfagas de lluvia azotaban las ventanas de la clase. Como látigos.

Clara esperó a que el resto de alumnos abandonaran el aula para dirigirse a Juvenal que aún recogía sus apuntes esparcidos por su mesa. Siempre esparcía sus apuntes por todos lados, sin orden aparente.

–Ha sido una clase estupenda.

–Gracias Clara.

–Me encantan sus clases, de verdad.

–Sois un buen grupo, muy atento. Resulta cómodo enseñar cuando se trata de adultos.

La alumna permaneció al lado del profesor mientras salían del edificio. Los últimos. Se despidieron del conserje que ya bajaba las persianas de la entrada. Permanecieron unos instantes de duda bajo el tejadillo, observando como caía la lluvia sobre el asfalto del aparcamiento. Clara rompió el silencio.

–Tu bicicleta está empapada.

–Esta tarde nadie hubiera dicho que iba a llover. Tendré que caminar.

–Cosas de la primavera.

–¿Hacia dónde vas, Clara?

–Hacia el río. Tengo un paraguas.

Clara abrió el paraguas y Juvenal se guareció debajo.

De camino, Clara se encontraba nerviosa y no paró de hablar. No podía. Relató toda su vida con pelos y señales. Nunca había vivido fuera de la ciudad, nunca había viajado en avión y nunca –aparentemente– había hecho nada especialmente malo. Escribía, eso sí. Escribía relatos y poesía, y recientemente había terminado una novela. Eso fue todo

lo que Juvenal fue capaz de recordar. Se sintió agotado de tanto escuchar y le pareció una pérdida de tiempo pues todavía no había podido escuchar la lluvia chocar contra la carretera y la acera y bajar ruidosamente por los canalones, como le hubiera gustado. Le embrujaba el sonido de la lluvia. Y llevaba todo el año sin escucharlo. Al mismo tiempo se sentía decepcionado. La alumna dispuesta a cumplir su sueño no había resultado en absoluto como esperaba. No se trataba de la joven delicada y hermosa de su imaginación y cuando esa misma noche sobre la cama en el solitario y oscuro dormitorio, intentaba conciliar el sueño, su imagen regordeta apenas satisfacía su antiguo anhelo. La vida no estaba resultando como Juvenal había predicho. Antes de dormirse pensó que podría haberse equivocado de lleno en todo. A fin de cuentas la literatura podía no ser lo suyo. Quizás se había equivocado desde el principio. Pero, ¿cómo empezar a cambiarlo todo?

Una estupenda mañana de sol fue cubierta a media tarde por una banda de nubes grises. El viento las dejó sobre la ciudad a última hora del día. Sobre las laderas ya se vislumbraban los resplandores de la primera tormenta del año. Primero unas tímidas gotas, después un valeroso y numeroso ejército. La bicicleta de Juvenal, de nuevo, permanecía solitaria y empapada en el aparcamiento.

–Otra vez Juvenal.

–Hacía una mañana estupenda.

–Deberías escuchar el parte meteorológico de vez en cuando.

El profesor sintió cómo una voz que no era su voz invitaba a la muchacha a subir



a su pequeño apartamento. Una voz que era la suya, pero que no encerraba sus pensamientos verdaderos.

–Qué triste parece tu apartamento –dijo Clara al entrar–. Parece que aquí no vive nadie. Ni un cuadro, ni una foto, sólo paredes desnudas.

–Me gusta así.

Juvenal preparó unos bocadillos y sacó una botella de vino blanco.

Cuando hubieron terminado la cena la tormenta caía con estruendo sobre el tejado y sobre las ventanas, y los canalones hacían su trabajo laboriosamente. En la botella apenas quedaba vino para una copa. Clara se acercó a su bolso y sacó una carpeta.

–Me gustaría que la echases un vistazo, sé que debes de estar muy ocupado,

pero tu opinión sería muy importante para mí.

–La leeré con mucho gusto, seguro que es muy interesante –dijo la misma voz que antes había invitado a subir al apartamento a la joven.

–Me gustaría que fueses sincero y me dices algún consejo.

–Lo haré en cuanto tenga un rato para leerla.

Afuera la tormenta arremetía violentamente y el viento que la traía parecía una masa sólida golpeando contra las ventanas y las paredes.

–Si te apetece puedes quedarte a dormir –dijo aquella voz que no era la voz de nadie.

–Me encantaría –respondió Clara.



El fin de semana resultó, por fin, un fin de semana de primavera. El sol bendijo la ciudad desde el sábado por la mañana hasta el domingo por la tarde. Juvenal leyó la novela de su alumna. Y se sorprendió. Sus líneas estaban tejidas por la paciencia y la melodía que a él siempre le habían sido esquivas. Por fin se dio cuenta de que la escritura no trataba de historias importantes, simbólicas y decisivas, sino de un misterio interior muy parecido al de la música. También tenía personajes –elaborados con minuciosidad– y una atractiva trama. Pero era esa cierta musicalidad que la envolvía la que convertía su lectura en un placer por encima del conocimiento. Juvenal se moría de envidia. Había sido superado por

una de sus estudiantes. ¿En qué lugar le dejaba todo aquello?

–¿Has leído la novela? –preguntaba Clara cada vez que terminaban de hacer el amor.

–Todavía no he terminado, quiero tomarme todo el tiempo necesario para darte los consejos que necesitas.

–¿Qué te parece lo que has leído?

–La mayoría de los escritores escriben varias obras antes de publicar, pueden pasar años, incluso puede que no publiquen en vida. El mundo de la literatura es un mundo difícil y desagradecido.

Clara se había enamorado de Juvenal. Cada uno de sus huesos estaba enamorado.

–No te desanimes, se aprende más de los errores que de los aciertos –le dijo al fin el profesor a su alumna–. Tienes talento, eso está claro, pero tienes que trabajar mucho más, no deja de ser una novela de adolescente. Le pones demasiada pasión, tienes que ser menos apasionada cuando escribes, más fría.

Clara se cubrió con la sábana y miró a través de la ventana. Un poderoso sol de domingo iluminaba la ciudad. Apenas se escuchaban unos pajarillos.

Acababan de hacer el amor.

–Estos meses que vienen tengo que terminar mi tesis, llevo años posponiéndola, pero lo he decidido y creo que es el momento ideal, me veo con fuerzas. No tendré mucho tiempo para nada. Llevaba mucho tiempo buscando el momento ideal.

Clara continuaba mirando hacia la calle. El sol le ganaba metros a la sombra del

dormitorio. Una lenta pero segura marea.

–Y no quieres que volvamos a vernos.

–No es eso, sencillamente tendré menos tiempo.

A parte de durante las clases, Clara y Juvenal no volvieron a verse desde aquel domingo. A Juvenal le resultó sencillo, bastó con cambiarse de acera disimuladamente cuando la vio. Disimuladamente, pero no tanto. Clara enseguida lo entendió, era una alumna modelo.

Juvenal –tras convencerse a sí mismo todo lo que pudo– envió la novela de Clara a varios de los certámenes a los que se había presentado el año anterior. *Doble espacio, un par de copias y su nombre en una plica, Juvenal Ruiz García.*

Y esperó el resultado. Esperó y esperó.

La primavera dio paso al verano y el verano al otoño. La lluvia se llevó cualquier recuerdo de la primavera. Los ciudadanos se lamentaron por la lluvia. Y cuando no llovió, también se lamentaron.

Esta historia acaba al comienzo del nuevo año. Juvenal no encontró el tiempo para dedicarse a su tesis y abandonó la idea hasta encontrar un momento mejor. Marchó y regresó en su bicicleta, dio sus clases con frialdad y diligencia, y continuó esperando en su oscuro dormitorio. Nada, ninguna respuesta.

La marea de los días iluminó y oscureció la estancia, un día tras otro, pero nada sucedió en el oscuro y solitario dormitorio envuelto por sus paredes desnudas. Ni un cuadro, ni una foto, sólo aquellas paredes desnudas. ■



CUANDO LA VIDA NOS GOLPEA

ENRIQUE
ANGULO

Cuando la vida nos golpea
con la indiferencia del granizo
que destroza la cosecha,
cuando nos clava sus puñales
en las partes del cuerpo
donde más nos duele,
y nos demuestra que sólo somos
muñecos de trapo entre sus manos,
nos invade una tristeza oceánica,
nos sentimos el personaje principal
de una tragedia escrita
por el más grande de los dramaturgos.

Cuando nuestras lágrimas penetran
hasta el fondo de la tierra,
y nuestras manos se elevan
hacia el cielo en busca de las nubes,
nos creemos el ser más desdichado
de todo el universo.

Pero el destino les hizo
lo mismo a muchos otros,
pulverizó sueños más puros
que los nuestros,
desgarró afectos más sinceros,
truncó relaciones más perfectas,
el destino sometió a millones
a terribles crueldades,
y el mundo sigue existiendo,
como si todas las desdichas sucedidas
a los seres humanos, durante siglos,
fueran sólo semillas
que cayeron en un terreno baldío.

LA DANZA DE BLANCO EN TRES ACTOS FABULOSOS

Luis Carlos
Blanco Izquierdo

■ Alma sentía, sobre la lisura acuosa de su rostro, el brillo de las dos únicas velas que permanecían encendidas. Las tenues y temblorosas llamas, reflejadas en su mirada, semejaban dos ventanas reverberantes que clamaban auxilio, una urgente marcha atrás, unas manos solidarias y tiernas que detuvieran su inminente caída al vacío; Alma pedía el perdón para su inevitable condena.

Horrorizada, no daba crédito al empuje que sus hermanas ejercían sobre ella, esa especie de crueldad parecida a la bravura de una ola marina agitada, indolentemente, por las tormentas de los cielos.

En aquellos momentos dramáticos, cuando su diminuto cuerpo se desgajaba de su esencia, las lágrimas de Alma, quedas, calladas por el desasosiego, intentaban resbalar, capilarizarse por la estrecha cornisa del acristalado edificio, como último y agotado intento para su salvación. Pero el fuerte ímpetu que sus allegadas ejercían sobre ella, disfrazado de defensa hipócrita frente al intrusismo del que era acusada, lanzó su indefenso cuerpo a la inmensidad del espacio abierto.

La teoría de Newton, aplicada al roce aerodinámico, moldeaba el cuerpo de Alma al tiempo que su velocidad crecía por la fuerza gravitatoria.

La luminosidad de las velas, próxima a extinguirse, alumbraba la tragedia con tético claroscuro, mientras las desidias miradas, desde el interior del acristalado

edificio, mostraban sus rostros fríos, igual que la careta de los verdugos.

El cuerpo de Alma se estrelló contra el suelo; éste, paradójicamente, diseñado con losas florales, analogía de lujoso e inmenso mantel.

Las voces farsantes, ésas que mejor acomodadas estaban tras el cristal, intentaron justificar la ejecución de la sentencia que ellas habían dictado: *lo sentimos, Alma, pero tú eras la gota de champaña que colmaba esta copa.*

La diminuta forma enlagrimada de Alma se descompuso en miles de estrellas,





partículas que la conclusa luz de las ceras, mágica en el momento, abillantó para crear un hermoso final de velada celeste, universo de cubiertos y mantel, término, quizá, de una romántica cena de amor.

Corazón, abrazado a la soledad “elegida”, arrítmica como el desequilibrio de los martillazos sobre su yunque, erraba en pos de un viento feliz que avivara su núcleo.

Inesperadamente, en medio de su quimera, se le apareció el espíritu de una llama, débil, casi extinguida.

Corazón, hechizado por la sutileza de aquel fulgor, tomó aire, comprimó sus válvulas hasta el límite, equilibró la mezcla mágica y explotó con un fognazo poético.

Sus ojos resplandecieron; brotó la sonrisa en sus labios; los dedos de sus manos mostraron la ternura; no en vano, Corazón fue la hoguera que prendió las dos velas de aquella velada.

Alma y Corazón coincidieron junto al templo de Vesta, en Roma, cuando ambos, sin previo acuerdo, se dirigían a La Boca de la Verdad.

Un saludo tembloroso, entre la sorpresa que se mostraron, fue el preámbulo a un profundo silencio que los acompañó hasta el lugar elegido.

De pronto, cuando ya se enfrentaban al rostro de la esperada certidumbre, y vieron la hosquedad de su expresión, acunada entre cabello poblado, y una barba que le ponía filo acusador, Alma y Corazón tornaron a mirarse en los espejos de sus pupilas.

De nuevo brotó el temblor en sus cuerdas vocales; pero sus pensamientos, como voces de una coral bifónica bien



coordinada, expresaron al unísono el mismo diálogo:

–Es la primera vez que nos vemos estando sobrios.

Nuevamente les invadió la quietud del sonido; únicamente el pensamiento debió de unir, después de acomodar los recuerdos en sus espíritus, la sincronía de ambos decires:

–¿Qué mal hicimos al emborracharnos?
–pasaron unos segundos de búsqueda en sus miradas y no encontraron la respuesta–. Nos acercamos a la fiesta con el candor de nuestro aprecio, fuimos solos, no nos acompañaban visos impacientes ni cábalas premeditadas. Sin embargo, el pulido transparente de nuestras copas nos indujo a colmarlas con el color de las esencias; los aromas que emanaban hechizaron a nuestros sentidos, incluso al del olfato... ¿Recuerdas cómo reíamos después de oler los caldos, sobre el borde

del fino cristal, con el estilo de los buenos catadores? Era tan tierno nuestro aliento que extraía la música contenida en los brillos cristalinos. Romántica, cursi, ñoña... Así habrían nombrado nuestra primera embriaguez si hubiéramos logrado tolerarla; pero nos resultó vertiginosa, tanto, que la adjetivaron con malicia: trompa, peonza, tablón... Date cuenta..., nos cogimos un tablón ñoño –Alma y Corazón rieron ante la seriedad pétrea que los escuchaba. A continuación derramaron otros recuerdos-. Cuando nos quisimos dar cuenta ya veíamos el doblez de los objetos, la equidad de los sentimientos, y nos sentimos eufóricos por la duplicidad de aquellas posesiones; pero, inesperadamente para nuestra pureza, llegaron a juzgar duplicada nuestra culpa y comenzamos a notar los soslayos sobre nuestros bailes. Los círculos abiertos de nuestros pasos, como si fueran espirales desgobernadas, llamaron la atención de las líneas rectas; y tras los biombos comenzaron las críticas a nuestra borrachera: ¡Borrachos! ¡Borrachos! Chispearon los cielos, los truenos gritaron, la luna, cómplice de nuestros brindis, al final nos negó su amparo, y las nubes arreciaron aquella tarde... Nos llegó la desesperación beoda y vomitamos todo. Después sufrimos el dolor de la resaca. Pero ahora debemos congratularnos de nuestra medida...

Alma y Corazón se cogieron las manos tenuemente, como si sólo se rozaran con el calor emanado de las mismas. Se miraron con tierna entereza y, nuevamente, se dijeron:

–Es la primera vez que nos vemos estando sobrios. Mas..., ¿crees, sinceramente, que nos avala la sobriedad?

Ninguno de los dos respondió a su propia pregunta. Giraron sus rostros

hacia el atrio de Kosmodión, entraron, y ambas manos, regidas por la recíproca pregunta, rozaron los labios inertes de la Boca de la Verdad, pero ésta se mantuvo en silencio.

Se despidieron como se hallaron: cada uno por un lado.

Alma, sin rumbo, llegó a la inmensa vaciedad que ocupara el Circo Massimo en los grandiosos tiempos de Roma, cuando el espíritu de Baco danzaba de copa en copa. Imaginó cuántas metáforas ebrias, vividas en el lugar, padecieron la desdicha de tornar al mundo sobrio del cinismo y los tabúes.

Corazón retrocedió al templo de Vesta, lo rodeó por el tapiz de césped y desembocó en el Puente Palatino. Observó el descenso del río Tíber e imaginó las borracheras que sus meandros, idos y venidos entre la Toscana y Roma, disfrutaban en plena libertad. Bajo el puente, a escasos metros, divisó la isla Tiberina. Una repentina maldición salió de sus labios, una voz acusadora contra la inocencia aparente de aquel islote: “Inquisidora!... Divides la naturalidad acuosa, su orgía...” De pronto, una leve sonrisa de triunfo lo iluminó al captar, con su imaginación, aquella alegoría que le mostraba la unión del curso una vez sobrepasada la porción de tierra que lo hendía; quiso ver, en el nuevo abrazo de aquellas aguas, un verdadero y ebrio reencuentro. Temió que aquella imagen se le escapara con la corriente y corrió al pretil opuesto; se asomó angustiado, y por un momento, en una especie de relámpago, tendió su mano hacia el vacío como si quisiera huir con aquella, la única verdad, la rebeldía del río Tíber, su evasión por la boca de Ostia hacia los mares. ■



MI ÚLTIMO AMIGO

ÁLVARO
ÁLVAREZ



■ Al, como yo le conocí, sabía mezclar la magia con la más mísera monotonía. Le gustaba estar de cháchara; ese toque de locura me recordaba a mis años de adolescente. Puede que más de una vez notase su huidiza mirada, incluso mientras tomábamos un mosto en el bar de abajo, sin embargo, era fácil despertar su entusiasmo a través del diálogo.

Hacía unos días que no le veía pasear por las orillas del río. Esto, y ver el buzón repleto de cartas del banco, me hacía pensar que, quizá, habría ido de viaje. Le encantaba Norteamérica, las grandes montañas de Wyoming, el Gran Cañón... No era tan difícil coger un billete de avión, y él apestaba a dinero, herencia perenne, decía.

Pero no había salido de su piso. Aguardaba al atardecer. Según sus

palabras era el cisma para observar los cambios en todo lo que nos rodea. Los atardeceres invitan a descansar, a alimentar a quienes están moribundos, a pensar en la jornada acabada. Muchas veces hice hincapié en los colores del cielo, pero él me daba cuenta de los sinsabores de los colores; ¿acaso los ciegos no sienten lo mismo que nosotros? La alineación de los planetas escondía cualquier imprevisto vital. No te arrastres por el mundo buscando quién eres, decía, o el mundo te arrancará de encima la emoción de las cosas simples. Y esas cosas tenían que ver con la contemplación de las cualidades ínfimas de los caminos, de las plazas, de las hormigas llevando pan cruzando una acera, de los niños cayendo de los columpios ante un despiste de sus padres. Los paseos no son paseos,



explicaba, quien ordena mis pasos no tiene nada que ver conmigo. Cuando duermo soy esclavo de mis sueños, pero cuando despierto soy un cuaderno en blanco; me corrigen y me borran; arrancan ciertas páginas de mí por considerarlas fuera de lugar; silencian pensamientos íntimos y los reproducen con metáforas, y, todo ello lo conforman mis largos paseos a ningún lugar en particular.

Nunca quedábamos, yo intentaba buscar tiempo para acabar mis deberes. Últimamente tenía tantos encargos que temía sentirme absorbido por el trabajo. Acababa tarde y dormía once horas. Tomaba leche para que los disolventes no me afectaran al hígado; me temo que era una estupidez eso de los lácteos, pero no tenía mejor remedio a mis riesgos como hipocondríaco. Tenía diarrea debido a mis pésimos hábitos alimenticios. Más agua, me decía mi madre, depura el cuerpo para que no te sientas envenenado. Nacimos envenenados, le sugería, no hay antídoto posible. Si algo me hacía ver la realidad desde otro prisma era la compañía de Al.

Al cenaba en uno de los mejores restaurantes de la ciudad. Le quedaba a la vuelta de la esquina. No lo hacía para presumir ni para que le vieran formar parte del círculo de burgueses adinerados que frecuentaban el lugar. Al, cenaba en aquel local porque había un amplio salón dividido en tres zonas. La más alejada de la puerta, oculta por unas chillonas mamparas color violeta, tenía un gran acuario. Apenas contaba con un puñado de peces, pero le hacían sonreír constantemente. No vi jamás que alguien reprochase su sonrisa; solía sumar a su alegría una canción sobre

unos alpinistas que me parecía una pesadez; repetía una y otra vez la misma estrofa como si fuera un disco rallado. Pero yo también le añadía carcajadas a la situación, era absurda, pero él no sabía si mi exaltación era por su comportamiento o por algo que se nos escapaba a ambos de las manos.

Agradecí cada invitación con el orgullo de saberme afortunado. Por un lado andaba sin mucho dinero hacía dos meses, y, por el otro, me conformaba con hablar con una persona sin problemas, lejos de mis intereses personales y ajeno a mi patético trabajo.

Al hablaba de su infancia, pero no escuché en ninguna ocasión qué tipo de infancia tuvo. Recordaba elementos de su habitación, de su jardín, del baño..., solía decir que tenía una lista de objetos que recuperaría para sentirse más acompañado. Sus padres no le abandonaron, pero él perdió de vista las posibilidades que había para volver a encontrarles.

Un espejo, mi obsesión desde chico, decía. Lo tengo en el pasillo; es ovalado y está engarzado en una madera dorada. Algún día te diré qué oculta ese espejo.

La verdad es que mi curiosidad por cuanto hacía se perdió después de varias frases recurrentes sobre la misma idea. No daba importancia a la expresión de mi cara. Y aunque supiera que sus palabras me aburrían, no me lo reprochó jamás, pues, como apostillaba, se estaba haciendo viejo.

Se despidió de mí el mes de enero. Me estrechó su mano y dejó que su alegría reposara en otros lugares, como siempre, desconocidos, incluso por él mismo. No nos volvimos a ver. Su silueta me estuvo



persiguiendo en varias ocasiones, esta ficción me producía tristeza; consideraba a aquel desconocido como mi último amigo y me resultó amargo no tener ni una sola noticia a lo largo de medio año.

Un día me despertó el cartero. Traía un paquete para mí. No tenía remitente, pero era gratis y no se trataba de publicidad. Abrí rasgando todo el envoltorio de lo que prometía ser una colección de libros. Mi sorpresa fue que, a pesar de figurar enumerados tales volúmenes, no tenían título. *Tres diarios*, leí en la última página del tercer cuaderno de pastas duras. A partir de aquí, estuve poblando de nuevo, desde la

primera línea del cuaderno azul, el primero, mis recuerdos.

Entre los deseos, aforismos y sensaciones narradas había, también, un montón de descripciones pormenorizadas de personas, paisajes y hechos desconocidos sobre la vida de mi amigo. Incluso él se asustaba de sus conclusiones a pesar de haberlos contado con tanto interés.

El tercer volumen dio origen a mi lectura más singular. El espejo. “El espejo tiene el reflejo que tuvo antaño –retrocedía aparentemente de forma poética–. He

estado mirando dentro cada mañana. Nunca recreándome en mi cuerpo, nunca en mi cara. La posibilidad de que exista otro mundo dentro del espejo me perturba, pues, si es así, podría hablar con quienes me recuerdan para hacerles algunas preguntas. Quiero anular ciertas contradicciones de mi paso por el mundo, disimular la mayoría de mis errores, callar las mentiras que pesan sobre los lugares que he amado. Necesito devolver la paz a quienes exhorté a repudiarme. Puedo llegar a hacer algunas cosas; no queda mucho tiempo, pero de los posibles métodos que tengo a mi disposición, éste, el más inocente, también es el que más me convence. He avanzado; ahora retomo



mil historias de la infancia. No atravesé el espejo porque mi madre siempre dijo que se rompería. Estaba duro, era frágil. El cristal que reflejaba la confianza, con otros ojos mirando los míos, dentro estaba yo! ¿Por qué me obligaron mis padres a permanecer siempre solo? Una salida; sin ella no tenemos la sensación de auxilio. Yo la tuve siempre cerca, a mi merced, pero no me ofrecía seguridad; si llegara el caso, pasaría despacio por culpa del miedo, el cristal cortaría mi manos, se haría pedazos el antiguo legado de toda la familia, mis padres me obligarían a volver a Canadá, a Estados Unidos. Paisajes enormes que escondían preciosos lagos. Los lagos también me ofrecían la posibilidad de romper una barrera, pero era un reflejo en movimiento, el movimiento siempre es falso. La verdad es que no tuve confianza en el lago, pero, si hubiese llegado al otro lado rompiendo esa membrana de agua, me habría ahogado, o, peor aún, no habría regresado al lugar de donde salí. Quien aprende a respirar en el agua ya no acierta a hacerlo con los antiguos compañeros de juego. Madre, ya soy mayor de edad, maldita sea, hace muchos años que soy mayor de edad.”

La lectura de sus ruegos me dejaba confuso. Después de tomarme una ducha me miré en el espejo. Por primera vez tuve la sensación de que detrás de mí había algo más que un reflejo. Bien, me dije, qué importa si vemos lo que hay delante, ¿no es más preciso averiguar lo que nos envuelve que pensar en nuestro rostro cada mañana? ¿A eso se refería Al en tan hermético monólogo? Pero había que seguir leyendo.

“No he tenido vocación alguna, mis dudas las representan las hojas cuando caen en otoño; son barridas,

amontonadas, quemadas; ya nacerán nuevos brotes la próxima primavera, volverán a amortiguar mis pasos cuando cubran el mismo camino que he frecuentado durante tantos años, me limito a distinguir entre lo que llega y lo que se esfuma, pues ya no soy consciente de la diferencia entre ambas cosas. Esto es lo que haré: Tengo una escalera de mano, alta, de catorce escalones. Si miro desde lo alto me produce vértigo, pero será la última vez que suba a una altura, como si fuera una montaña. Desde allí saltaré al vacío, pero al pie de la escalera, esperándome en el suelo, yacerá el espejo que he protegido desde mi infancia. Si lo logro atravesar, con tanta decisión como poseo en estos momentos, habré resuelto uno de los enigmas que ligaron mis desavenencias con mis padres. Si, por el contrario, choco contra el suelo, serán mis ojos los únicos testigos del desenlace.”

No sé cómo se sucedieron los hechos. Me refiero a la llegada de los manuscritos. No sé si haría un testamento o envió un día antes sus lecciones para que yo las contemplara cuanto antes. El caso es que estoy seguro de que murió; seguramente se partiría el cuello contra el pavimento. Espero que le hayan encontrado, también espero que esté enterrado.

Lo cierto es que siempre recordaré a Al. A menudo, mientras compartíamos paseos, pensaba en preguntarle si su nombre era árabe, era un pedazo de un nombre raro, o el diminutivo de otro más común. Pero ya lo dijo en su segundo diario: “He tomado un sobrenombre, el que mece mi agonía: soy Al para quienes se crucen conmigo; Alzheimer para quien sea capaz de llorar a mi lado.” ■



MI HERMANO CON DIENTE DE PERLA

(ESTÁN NAZIM HIKMET, RAFAEL ALBERTI, WALT WHITMAN, | JESÚS
LEÓN FELIPE Y CELSO EMILIO FERREIRO) (13-3-08) | BARRIUSO

I

Así que era esto.
Esta la historia que no vivimos
y nos hacía diferentes;
éste el precio que teníamos que pagar por salir
de la contrarreforma y la leyenda negra
y sus larguísimos y viscosos tentáculos:
tenemos pues,
que demoler a cañonazos de ortodoxia
y rabia
nuestros Colosos de Bamiyan,
nuestra San Cernin de Toulouse,
nuestra Notre Dame o Chartres.
Cualquiera de las catedrales arrodilladas a la vera de la cama,
grabadas en nuestras almas,
(...Santa María del Fiore, San Miguel de Lillo,
el Conventín, Santillana del Mar, la Alhambra,
el Portal de Laguardia,
el de la Gloria
o la Santina...);
abolir por decreto que nadie se extasíe,
prohibir el sueño de soñar con imposibles
porque rebaja la producción del arte efímero
en que ha de envolverse
nuestro merecido mañana
sin pasado.

II

Cómo crear el hombre nuevo cantando,
si no nos dejan cantar, Robeson,
mi canario con dientes de águila,
si ya nadie cree que una hoja de hierba, no es menos
que el día de trabajo de las estrellas,
si ya nadie quiere subirse a lomos del rocín del caballero,
si no nos dejan levantar la torre de la palabra
porque han decretado que dentro de la frente de Dios
está la nada.
Es como si el inexorable ciclo de los soles
nos hubiera traído una nueva y pesada
noche de piedra
mientras nos hacemos constantes transfusiones
de noticias sin eco
de ruidos, ruidos, ruidos, ruidos, ruidos...

ME EXPULSAN DEL CONSERVATORIO DE BURGOS

ENERO DE 1988 | ALEJANDRO
YAQUE

■ En octubre de 1987 yo era Profesor Especial de Armonía del Conservatorio Municipal de Burgos, después de haber pasado una dura oposición que fue presidida por el inspector general de conservatorios (Don Salvador Seguí) con el mismo temario del Ministerio de Educación para ser Catedrático de Armonía de Madrid (funcionario) y con la presencia en el jurado de dos catedráticos de Armonía del Real Conservatorio de Madrid. Según la información que tengo, esa forma de convocar y de realizar una oposición de Armonía en un Conservatorio Municipal (no estatal) no la hizo jamás ni el Ministerio ni el Ayuntamiento de Burgos. Hay que pensar que no era para ser funcionario, sino para ser un mero contratado laboral y a dicha oposición solamente me presenté yo.

Pero si a mí se me exigió una dura oposición yo quería exigir al Conservatorio la legalidad vigente. El Conservatorio de Burgos padecía de irregularidades legales y a principios del curso 1987-88 presenté una denuncia por no tener Consejo Escolar según el Real Decreto 2732/86 que publicó el Ministerio de Educación (socialista) en 1986 y que era obligatorio en todos los centros docentes del Estado español.

Por ese motivo viajé a Madrid, a la sede del Ministerio de Educación, y mantuve una entrevista con el mismo Salvador Seguí (conocido también en el mundo

musical por sus libros de Solfeo) que en por aquellos años era el encargado de inspeccionar los conservatorios. Salvador Seguí me indicó que era cierto que el Conservatorio de Burgos incumplía el Real Decreto pero que si denunciaba la situación de ese centro me metería en serios problemas. Para mí era incomprendible que me hablara así un inspector. Me pareció una actitud impropia de su cargo y yo mismo tuve que presentar la denuncia. Burgos era una ciudad cuyo ayuntamiento corría con todos los gastos que ocasionaba el mantener su Conservatorio "Municipal" a través de un Patronato, y por lo tanto pagaba al profesorado de Conservatorio Municipal en lugar de hacerlo el Ministerio de Educación. A cambio, el Ministerio hacía la vista gorda a la hora de la inspección y no quería saber absolutamente nada, ni del tema educativo musical, ni del centro. Le importaba un pimiento lo que allí se enseñara.

Yo suponía que el Ministerio de Educación pondría las cosas en su sitio tras mi denuncia, pero calculé mal porque el tiempo pasaba y durante un par de meses la situación no cambiaba. Pero ya estaba dispuesto a obligar al Ministerio a inspeccionar el centro. Si no había Consejo Escolar no había ni Director, ni Jefe de Estudios, ni ningún cargo legalmente elegido. Eso era lo que decía la ley. El Ministerio seguía sin mover ficha y algo grave estaba pasando. Este



organismo tenía miedo del alcalde de Burgos, José María Peña San Martín.

Por aquella época la Fundación Humboldt me invitó a asistir a una reunión de antiguos becarios en Alemania. Quedé de acuerdo con los alumnos de Burgos en la forma de recuperar las clases y me marché a Bonn. El día 21 de enero de 1988 volví a España. El día 23, por la mañana temprano, recibí un escrito urgente que me decía lo siguiente:

“Ha llegado a conocimiento de esta Presidencia que falta Vd. a su trabajo como Profesor del Conservatorio desde el pasado martes día 19, sin que haya pedido permiso para ello ni justificado su ausencia. Tales hechos son constitutivos de una falta muy grave que da lugar a escisión del contrato de trabajo según el artículo 54 del Estatuto de los Trabajadores. Por lo tanto y a partir del día de la fecha queda rota la relación laboral que le unía con el Conservatorio Municipal de Música Antonio de Cabezón y causa baja en el mismo. Lo que le comunico para su conocimiento y efectos. Burgos, 22 de enero de 1988. El Presidente del Patronato del Conservatorio Municipal de Música. Firmado: Francisco Martínez Abascal.”

Me parecía imposible que un abogado como era Francisco Martínez Abascal, concejal del equipo de José María Peña, hubiera redactado ese escrito sin haber reunido antes al Patronato. Meses más tarde se demostró ante los jueces que tal Patronato del Conservatorio carecía incluso de personalidad jurídica (?). Yo no salía de mi asombro. No presté atención al telegrama y me presenté en el Conservatorio de Burgos a impartir mis clases como cualquier otro día. En la puerta estaba Salvador Vega, el director, y me recordó que ya no era profesor del

centro. Siempre me quedó interiormente la pregunta: ¿Le habrá avisado Salvador Seguí desde Madrid a Salvador Vega que he denunciado al Conservatorio del cual es director? Resulta que yo era expulsado de un centro educativo por exigir el Consejo Escolar y el Ministerio (Partido Socialista) seguía sin querer poner remedio a la situación.

En realidad mi denuncia se enfrentaba a todos los partidos políticos burgaleses: al Partido Socialista, al Partido Popular y al Partido Solución Independiente. José María Peña, de Solución Independiente, alcalde de Burgos, había manifestado en varias ocasiones que mientras estuviera en el cargo no existiría jamás consejo escolar en el Conservatorio de Burgos. El Partido Socialista, que debía inspeccionar el conservatorio (ocupaba la Dirección Provincial de Educación) tenía miedo y auténtico pánico a que José María Peña dejara de correr con los gastos del conservatorio de Burgos y quedase en manos del Ministerio de Educación, y por lo tanto “miraba hacia otra parte” indicando que no eran suyas las competencias de la inspección del centro. El Partido Popular, que gobernaba en Castilla y León, decía que la inspección tampoco era de su competencia y por lo tanto me encontraba yo “solo ante el peligro”. La inspección del Conservatorio de Burgos no correspondía a nadie. Era el único centro educativo en el mundo perdido y olvidado en el cosmos.

En Burgos estaba de Director Provincial de Educación Antonio Fernández Santos, del Partido Socialista y por lo tanto máximo responsable de la situación educativa y de la inspección del centro. Tuve una entrevista con él. Para mi sorpresa no sirvió de nada. Con el fin de poner más tensa la situación envié un escrito a este

cargo igual que al Gobernador de Burgos en el que les llamaba “inútil, inepto e ineficaz”. Su reacción no se hizo esperar y ya relataré en capítulos sucesivos la forma en que lo hicieron. Convencido de que era el Partido Socialista el culpable de la situación (como así demostró el Defensor del Pueblo cuatro años después) me dediqué diariamente, por sistema, a enviar escritos a personas vinculadas con la educación en España mientras me preparaba para presentarme en nuevas oposiciones para marcharme de Burgos.

Uno de ellos fue al señor Laborda (socialista destacado) indicándole que el conservatorio debía inspeccionarse. El señor Laborda era un experimentado político y su contestación, que tampoco sirvió de nada, respondía a su buena formación diplomática. Hablé con el señor Granada (otro socialista también destacado) pero tampoco resolvió nada ya que exigía responsabilidades a la Junta de Castilla y León (?). Me quedaba la opción de presentar escritos en la Subdelegación del Gobierno (Gobernador Civil en aquellos tiempos) que también era socialista. La contestación que me dio el Gobernador indicaba que el Partido Socialista no podía inspeccionar el centro ya que el conservatorio era municipal (?) y los Ayuntamientos tenían autonomía de gestión (?). Supongo que el gobernador de Burgos pensaba que el Conservatorio de Burgos no impartía estudios oficiales de música y más bien era una mera academia municipal de música.

Informé de la situación al Consejo Escolar del Estado en Madrid. Pero a pesar de haber enviado varios escritos con claras explicaciones, certificados y con acuse de recibo, curiosamente, el Consejo Escolar del Estado, se mantuvo en silencio. Nunca respondió. Por supuesto, envié otros

muchos escritos al Ministro de Educación (Maragall primero y después Solana) al Secretario General de Educación, a la Alta Inspección del Estado y otros muchos cargos que relataré en su momento más detenidamente. Tampoco servían para nada. El Partido Socialista estaba boicoteando por todas partes mis gestiones y el tema se conocía ya en todo el Ministerio de Educación. En Madrid (Inspección de Conservatorios) se llegó a decir que “Yagüe se quiere cargar el Ministerio de Educación”. Y es que existían en España muchas situaciones irregulares similares a la del Conservatorio de Burgos y podía ser un caso que desencadenase más denuncias en España.

No me quedaba más remedio que plantear una gran jugada al Partido Socialista para pillarle en “fuera de juego”. Si el Partido Socialista no inspeccionaba el Conservatorio de Burgos porque, según su opinión, no tenía competencias en el Conservatorio de Burgos, tampoco tendría esas competencias en el resto de los Conservatorios de las provincias de Castilla y León. Se me ocurrió escribir a todos los Directores Provinciales de Educación de Castilla y León preguntándoles quien era el responsable de la inspección de su respectivo Conservatorio de música. Todos los Directores Provinciales (todos socialistas) respondieron de forma “aleccionadora” a mi inocente pregunta indicándome que la inspección de su respectivo conservatorio, como era lógico, les correspondía a los inspectores de sus respectivas Direcciones Provinciales. Quedaba en evidencia, Antonio Fernández Santos, de la Dirección Provincial de Burgos que sostenía la teoría contraria. ¡Qué casualidad! ■



NOTICIAS CULTURALES

■ Seguimos.

La última Feria del Libro burgalesa contó con la presencia, entre otros muchos autores, del poeta granadino Luis García Montero. El libro que presentó en Burgos, y sobre el que disertó en una conferencia con muy escaso público en el Polísón, era *Vista cansada*. Un poemario delicioso, sugerente, en el que se pueden encontrar estos versos, en su poema "Ciudad nativa":

Decente y necesaria

como una biblioteca de provincias.

Casualmente, hacía poco tiempo que un paisano suyo, Antonio Muñoz Molina, había publicado en El País un texto titulado "De una biblioteca a otra", que comenzaba así: "Una biblioteca pública no es sólo un lugar para el conocimiento y el disfrute; también es uno de los espacios cardinales de la ciudadanía. Es en la biblioteca pública donde el libro manifiesta con plenitud su capacidad de multiplicarse en tantas voces como lectores tengan sus páginas". Y seguía con unas muy interesantes reflexiones sobre la función y la importancia de las bibliotecas públicas, que invitamos a completar (Babelia 03/05/08).

A veces, esa necesaria existencia de una biblioteca pública no es comprendida correctamente por instancias superiores y, por ello, la natural comunicación entre ciudadanos y bibliotecarios se interrumpe por causas, llámémoslas un tanto variopintas, como la sucedida a mediados de junio en nuestra biblioteca burgalesa. Pero de (casi) todo, aún de lo negativo, surge algo positivo. Y en esta ocasión la parte positiva ha sido el habernos sentidos reconocidos, queridos, necesarios. La ausencia forzada, una vez más, de nuestro servicio ha sido seguida con inquietud, con pena, con expectación por numerosos ciudadanos, que han preguntado y esperado con interés, la nueva apertura de ese servicio público. De nuestra biblioteca,

institución imprescindible en una sociedad moderna, máxime si quiere aspirar a la Capitalidad Europea de la Cultura.

Este cierre ha supuesto, además, una ruptura en nuestro ritmo de actividades, en nuestra dinámica de renovación y actualización de la colección de libros, películas o discos. Un parón en nuestros numerosos proyectos. Pero nosotros seguimos. Continuamos, con la misma ilusión y fuerza que hace semanas, modernizando nuestros fondos, iniciando nuestros clubs de lectura, los cuentacuentos en inglés, talleres de escritura, formación de adultos, nuevas páginas web, escenificaciones teatrales, presentaciones de libros, guías, folletos, revistas...

Nuestras queridas revistas. Si la revista infantil BiB ya ha cumplido trece años de existencia, con cuarenta y dos números editados, su hermana mayor, **Plaza de San Juan** va a cumplir este próximo mes de diciembre su décimo aniversario y ya estamos, ilusionados, preparando ese acontecimiento cultural. La revista es de todos los ciudadanos, y existe, y sale un número tras otros por la demanda de sus lectores y por el apoyo y generosidad de sus cientos de colaboradores. Por ello nos encantaría que en ese número especial participaran todos los ciudadanos interesados por el mundo de la cultura, como una gran fiesta cultural, como una demostración de nuestra apuesta por el libro, por la palabra, por la cultura.

En muy contadas ocasiones una revista cultural ha llegado (por desgracia) en nuestra ciudad a poder celebrar diez años de existencia. Ese bagaje, esa importante trayectoria representa un desafío y un compromiso de continuidad y de modernización, de seguir siendo fieles a nuestros colaboradores y a nuestros lectores. Pero estamos seguros de que, con la ayuda de todos, seguiremos estando presentes cada trimestre en la Biblioteca Pública, tan necesaria, y a veces tan maltratada. ■

Plaza de San Juan

Nº 36

Septiembre de 2008



Junta de
Castilla y León

**BIBLIOTECA
PUBLICA
DE BURGOS**

C/ Valladolid, 3 • 09002 Burgos
<http://bibliotecaspublicas.es/burgos/index.jsp>

DIRECTORA DE LA BIBLIOTECA:

Carmen Monje Maté

EQUIPO DE REDACCIÓN:

Fernando Ortega

Isabel Oceja

José M^a Izarra

M^a Luisa Mintegui

Mireya García

M^a José Rojo

Carmen Díaz

DEPÓSITO LEGAL: BU 661-1998

DISEÑO Y MAQUETACIÓN:

Edibur Telf: 947 244 448